

Las dificultades y las licencias de un biógrafo. Ricardo Rojas y su *Vida de Sarmiento*

The Difficulties and the Licenses of a Biographer.

Ricardo Rojas and His *Vida de Sarmiento*

As dificuldades e as licenças de um biógrafo.

Ricardo Rojas e sua *Vida de Sarmiento*

Patricio Fontana

CONICET, UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, ARGENTINA

Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Investigador adjunto de CONICET. Docente de literatura y cine argentinos en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y en la Fundación Universidad del Cine (FUC). Entre sus últimas publicaciones se encuentran: “La biógrafa cautelosa. Sobre *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo, de Mariana Enríquez*” (*Orbis Tertius*, 2018) y “Biografía, estatuaría y genio. Sobre *Historia de Sarmiento*, de Leopoldo Lugones” (*Literatura y Lingüística*, 2017). Correo electrónico: patriciofontana@hotmail.com

Artículo de investigación

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.cl23-45.pnit



Resumen

En este artículo se analizan ciertos aspectos de la biografía de Domingo Faustino Sarmiento que Ricardo Rojas publicó en 1945: *El profeta de la Pampa. Vida de Sarmiento*. En él, entre otras cosas, se hace especial hincapié en la relación biógrafo-biografiado, y en cómo Rojas utiliza el género biográfico para proceder a una suerte de incautación del legado sarmientino y autoproclamarse como el auténtico heredero de ese legado. Al mismo tiempo, se hace énfasis en cómo, en una suerte de inversión de roles entre biógrafo y biografiado, la biografía le sirve a Rojas como pedestal o tarima para continuar con la prédica de corte nacionalista que venía realizando, desde las primeras décadas del siglo XX, en textos como *La restauración nacionalista* o *Blasón de Plata*. Finalmente, en su reverso, se destaca cierto fracaso que recorre este texto, un fracaso que, en diversos niveles, sería tanto del biógrafo como del biografiado.

Palabras clave: Ricardo Rojas; Domingo Faustino Sarmiento; biografía; relación biógrafo-biografiado

Abstract

This article analyzes certain aspects of Domingo Faustino Sarmiento's biography written by Ricardo Rojas and published in 1945: *El profeta de la Pampa. Vida de Sarmiento*. Among other things, special emphasis is laid on the biographer-biographee relationship, and how Rojas uses the biographical genre to proceed to a sort of seizure of Sarmiento's legacy and to proclaim himself as the true inheritor of that legacy. At the same time, it emphasizes how, in a kind of role reversal between biographer and biographee, biography serves Rojas as a platform to continue with the nationalist preaching he had been performing since the first decades of the twentieth century in texts such as *La restauración nacionalista* or *Blasón de Plata*. Finally, on its reverse, an underlying failure is highlighted, a failure that, at different levels, would be both of the biographer and the biographee.

Keywords: Ricardo Rojas; Domingo Faustino Sarmiento; biography; biographer-biographee relationship

Resumo

Neste artigo são analisados alguns aspectos da biografia de Domingo Faustino Sarmiento que Ricardo Rojas publicou em 1945: *El profeta de la Pampa. Vida de Sarmiento*. Nele, entre outras coisas, coloca-se especial ênfase na relação biógrafo-biografado, e em como Rojas utiliza o gênero biográfico para proceder a uma sorte de tomada do legado sarmientino e se auto-proclamar como o autêntico herdeiro daquele legado. Ao mesmo Tempo, coloca-se ênfase em como, em uma sorte de inversão de papéis entre biógrafo e biografado, a biografia serve a Rojas como pedestal ou palco para continuar com a pregação de corte nacionalista que vinha realizando, desde as primeiras décadas do século XX, em textos como *La restauración nacionalista* ou *Blasón de Plata*. Finalmente, no avesso, há uma certa falha que perpassa este texto, uma falha que, em vários níveis, seria tanto do biógrafo quanto do biografado.

Palavras-chave: Ricardo Rojas; Domingo Faustino Sarmiento; biografia; relação biógrafo-biografado

RECIBIDO: 26 DE FEBRERO DE 2017. ACEPTADO: 12 DE ENERO DE 2018. DISPONIBLE EN LÍNEA: 30 DE JUNIO DE 2019

Cómo citar este artículo:

Fontana, Patricio. "Las dificultades y las licencias de un biógrafo. Ricardo Rojas y su *Vida de Sarmiento*". *Cuadernos de Literatura* 23.45 (2019): 373-396. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl23-45.dlbr>

EN EL SEGUNDO capítulo de esa biografía heterodoxa que es *Evaristo Carriego*, Jorge Luis Borges sostiene: “Que un individuo quiera despertar en otro individuo recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero es una paradoja evidente. Ejecutar con despreocupación esa paradoja es la inocente voluntad de toda biografía” (Borges 31). La paradoja, tal como lo afirma Borges, es evidente. Sin embargo, no estoy de acuerdo con la segunda afirmación: de Plutarco hasta nuestros días, son pocos los biógrafos de los que pueda afirmarse que ejercieron su oficio con “inocente voluntad”. Por lo demás, seguramente no hubo ninguna “inocente voluntad” cuando, en 1945, Ricardo Rojas –el autor, entre otras obras, de la monumental *Historia de la literatura argentina* (1917-1922)– escribió y publicó una biografía que lleva por título *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento por Ricardo Rojas*.

Por lo pronto, ya no se advierte ninguna “inocente voluntad” por parte del biógrafo cuando se nota que, en la tapa, la portadilla y la portada de la primera edición el sintagma *por Ricardo Rojas* aparece con la misma tipografía que *El profeta de la Pampa. Vida de Sarmiento*. Vale decir: ya en esos paratextos –en cuyo diseño acaso Rojas intervino o sobre el cual al menos fue consultado– de algún modo biografiado y biógrafo se solapan, se equiparan, son dos y uno a la vez. Más aún –y esta será una de las hipótesis de lectura que desarrollaré en el resto de este artículo–, esos paratextos anuncian algo que luego el texto formulará de manera muy clara: el intento, por parte de Rojas, de incautar el legado sarmientino, de hacer suyo a Sarmiento disputándose a los que él llama “falsos discípulos” (*El profeta* 326): “epígonos” (*El profeta* 631) o “críticos” (*El profeta* 710) que malinterpretaron su ideario y desfiguraron la imagen que de Sarmiento debía conservar la posteridad. En otras palabras, de postular, de algún modo, que él es Sarmiento y aún más que Sarmiento.

Pero antes de avanzar sobre esa y otras cuestiones acerca de *El profeta de la Pampa*, me interesa detenerme en otra: cuál es la respuesta de Rojas a la pregunta ¿cómo se escribe una biografía? Rojas publicó *El profeta de la Pampa* en 1945, ya pasados los 60 años; por esta razón, presenta esta biografía como el resultado de un extenso proceso, de una larga maduración que se inició cuando, a los 19 años, en 1901, compuso su “Canto a Sarmiento”.¹ Cuarenta y cuatro años después, puede afirmar que “la visión y el ritmo de aquel breve poema han subsistido en el sentimiento de

1 El “Canto a Sarmiento” está recopilado en el primer libro de Rojas: *La victoria del hombre*, de 1903.

esta biografía, aunque tan diferentes” (*El profeta* VII). Enseguida, agrega que durante más de 30 años se aplicó a una faena de documentación que consistió en la lectura de los 52 volúmenes de las *Obras* de Sarmiento y al rastreo de información “en bibliotecas, archivos, museos” (lo que él llama las “fuentes del conocimiento intelectual”): “Muchos años de estudio, pues, han precedido a esta biografía” (*El profeta* VII). Una “visión” juvenil, entonces; y arduos años de estudio concurren en la escritura de *El profeta de la Pampa*.²

Pero hay más. En los tres capítulos que le dedica a Sarmiento en la *Historia de la literatura argentina*, Rojas había afirmado que la biografía de Sarmiento escrita por José Guillermo Guerra, publicada en Chile en 1901,³ parecía colmar todas las expectativas que se podían esperar de una biografía del sanjuanino. De todos modos, en páginas posteriores, al tratar de definir el “genio” de Sarmiento, asegura:

¿Quién será el que refundiendo el noble tipo en este nuevo crisol, reconstruya, embellecidas, la unidad de fuerza que fue conciencia de su genio, y la unidad de acción que hoy es conciencia de su patria?... Yo me comprometería a tal empresa, si la vida, menos ingrata que hoy, me prestara las horas y la paz necesarias para ella. (*Historia* 346)

Desde mi punto de vista, este fragmento de la *Historia* da cuenta de que ya por esos años la biografía escrita por Guerra no le resultaba a Rojas del todo satisfactoria, que consideraba que en ella faltaba algo: una “visión”, una “síntesis”. Ese *algo* es lo que en la *Historia* Rojas define como la índole del genio sarmientino y que, en la biografía de 1945, se aglutina –no sin problemas, como se verá más adelante– en torno al sintagma *profeta de la Pampa*. Para Rojas, pues, escribir una biografía no implica la mera acumulación de información sobre el biografado y su organización en un relato más o menos coherente sino también la necesidad de trascender ese

2 En contraste con la *inocencia* de la que habla Borges, en su ineludible libro sobre el género biográfico, François Dosse asegura que “En general, el biógrafo expone los motivos que lo han llevado a ocuparse de la vida de su biografado y redibujar la trayectoria de ésta. Explica al lector sus objetivos, sus fuentes y su método, lo que constituye casi una especie de contrato con su lector” (Dosse 94). El capítulo liminar de *El profeta de la Pampa*, titulado “Clave y guía para el lector”, busca establecer acabadamente los términos de ese “contrato”.

3 El título de la biografía escrita por Guerra es *Sarmiento. Su vida y sus obras*, y fue publicada en Santiago de Chile por la Imprenta Elzeviriana.

plano de naturaleza intelectual. En su caso, esa superación es doble: en el poema juvenil –en esa “visión” temprana, previa a la labor de documentación– y en su capacidad para, luego del trabajo de archivo, “trascender al plano de la creación estética, necesariamente emocional e intuitiva. Una vez documentada la persona del protagonista, con solo dejarla vivir, manó espontánea la verídica narración de su aventura” (*El profeta* VII).⁴ En su libro *Vidas ajenas*, Leon Edel se refiere al “momento tremendo” en que el biógrafo debe decidir cómo hará para que “todos los detalles apiñados [fluyan] de manera ordenada y en una prosa lúcida, capaz de atraer al lector y de transmitir en cierta medida la intensidad que [lo] ha mantenido en su labor durante largos meses” (Edel 143). Difícilmente el conjetural lector de *El profeta de la pampa* –libro de lectura ardua y por momentos intransitable– pueda afirmar que Rojas alcanzó ese objetivo; pero, de todos modos, debe decirse también que Rojas estaba convencido de haberlo logrado.

En 1945, pues, Rojas se considera como el único capacitado para escribir la biografía de Sarmiento. Y esto por dos razones: una de ellas es que, del mismo modo en que Sarmiento asegura, en la “Introducción” del *Facundo*, que un europeo no podría, dados sus hábitos intelectuales, “comprender” (*Facundo* 9) a Simón Bolívar –y por ello no podría escribir su biografía, como tampoco la de Facundo Quiroga–, Rojas afirma que

4 En otra cita de la *Historia*, complementaria de la mencionada anteriormente, Rojas anticipa algunas de estas ideas sobre el modo de escribir una biografía de Sarmiento. En ellas lo “estético” –y no lo histórico– es un componente fundamental: “Por modos musicales concibo ahora al bravo apóstol, que determinó su vida por un continuo movimiento, armonioso y creador, como los númenes alfiónicos. Visión que, así concebida, habrá de realizarse por una estética equilibrio de las artes todas, tomando al poema la composición verbal; a la arquitectura la proporción del conjunto; a la escultura el relieve del protagonista; a la pintura la perspectiva, el paisaje, el color, y, sobre todo, su sentido, y practicado por el Greco, de idealizar al personaje según sus líneas esenciales, suprimiendo en el modelo, cuanto fuese trivialidad, superficialidad o fealdad. Obra de arte, o sea de emoción, es la que resta por realizar con aquella vida, cuya cuerda fue la emoción, según él mismo lo confesaba” (*Historia* 347). En este sentido, debe decirse que en estas declaraciones se advierte a un Rojas muy consciente del componente artístico o estético que conlleva toda biografía que se precie de tal; al respecto, muy recientemente, la mexicana Mílada Bazant –biógrafa y teórica del género– ha insistido en la “parte creativa y artística del biógrafo” que permite “la construcción de la estructura, el andamiaje que va a sostener el edificio en todos sus recovecos y sus iluminados y sombreados espacios y paisajes” (Bazant 18).

un “crítico extraño” o un “europeo” (*El profeta* 721) serían incapaces de reconocer el “genio” sarmientino. Pero también –y esta es la segunda razón– porque Rojas se sitúa –como ya lo había hecho, más de dos décadas atrás, en las páginas que le dedica en la *Historia*– en el lugar del verdadero y fehaciente discípulo, del único autorizado para extraer la verdad –lo auténtico– del “caos” y de la “abundancia” –los términos son de Rojas– que son los escritos y la vida de Sarmiento, y así entregarle al lector una biografía no deformada por falsas y/o maliciosas interpretaciones.

De este modo, *El profeta de la Pampa* debe ser leído también como un intento de autorización o de legitimación por parte de Rojas con respecto a su biografiado: como ya sucedía en la *Historia* –pero en ese caso en su función de crítico e historiador de la literatura argentina– en las páginas de este libro de 1945 Rojas declara desembozadamente no tan solo que él, y únicamente él, es la persona autorizada para escribir la biografía de Sarmiento sino, más aún, que es su más cabal heredero intelectual.

El biógrafo defensor

Esa autorización de Rojas como biógrafo de Sarmiento se advierte en especial en lo que podríamos denominar la constitución en el texto de un enunciador al que deberíamos llamar, recurriendo a cierta metafórica tribunalicia, *biógrafo defensor*. De esto, los ejemplos en el texto se multiplican *ad nauseam*, por lo cual referiré dos que, por su contundencia, resultan lo suficientemente representativos.

El capítulo XXVI se denomina “Traidor a la patria”. En él, Rojas traza los pormenores del conflicto entre Chile y la Argentina ocurrido en 1849 a propósito de la “fundación de Punta Arenas” (*El profeta* 342) y la injerencia de Sarmiento en ese conflicto, con artículos –con o sin firma– en el periódico *La Crónica*, en los que apoya, con argumentos que para Rojas son absolutamente sólidos, la posición chilena, y a propósito de los cuales la prensa rosista lo denominó “traidor a la patria”. Ante esto, el biógrafo reacciona airadamente y sentencia: “Tal es el origen de esa injuria que tanto gustó a sus enemigos y que algunos repiten hoy sin saber su origen ni conocer los términos de la cuestión” (*El profeta* 345). Vale decir, muñado de los documentos pertinentes, el biógrafo defensor hace frente a la injuria, la desmonta y libra de culpa y cargo a su biografiado, el defendido. Pero, además, Rojas opta por ir más allá y asegura “el mote infamante de 1849 es el mismo que recogen hoy [1945] algunos jóvenes inducidos al error por propagandas extranjerizas [sic]” (*El profeta* 354) y,

en ese punto, se coloca como protagonista de la biografía, desplaza a su biografiado y refiere pormenorizadamente una anécdota en la que ilustra a uno de esos “jóvenes” explicándole que “Lo han informado mal en ese punto [que Sarmiento quiso entregarle la Patagonia a Chile]. Cuando fue Presidente, Sarmiento defendió la Patagonia, y hasta quiso renunciar a su puesto para defenderla con mayor libertad como publicista” (*El profeta* 355), no contento con lo cual abruma a su interlocutor con un caudal de referencias bibliográficas a las que debería acudir antes de pronunciarse sobre Sarmiento.⁵

Más trabajosa, pero en la misma línea que la anterior, es la defensa que hace Rojas de Sarmiento a propósito de los pormenores de la ejecución y el degüello del general Ángel Vicente *El Chacho* Peñaloza ocurridos en noviembre de 1863, en la localidad riojana de Oltá, cuando Sarmiento era gobernador de San Juan. El propósito de Rojas es, en principio, el de desresponsabilizar a Sarmiento de esa ejecución. Para ello, hace afirmaciones como “El mayor [Pablo] Irrazábal fue el autor del hecho, no considerado por él como un crimen, y jamás pretendió complicar a Sarmiento en ese acto, corriente en los usos de la guerra [...]” (*El profeta* 446) o “vuelvo a afirmar que Sarmiento no mató al Chacho ni ordenó que lo mataran” (*El profeta* 448) o “La pasión política señaló a Sarmiento como autor de un crimen brutal; y en esto hubo injusticia porque Sarmiento ya no era Director de la guerra y el hecho ocurrió en la Rioja, y él no estuvo en Oltá cuando mataron al Chacho, ni él había dado orden de matarlo de esa forma” (*El profeta* 457).

De todos modos, Rojas sabe que Sarmiento no condenó sino que más bien justificó los pormenores de ese crimen “brutal”, “innecesario” (los adjetivos son de Rojas), en especial en su libro *El Chacho. Último caudillo de la montonera de Los llanos*, cuya primera edición es de 1868.⁶ Y

5 En el libro ya mencionado, Dosse afirma que, en principio, el narrador de una biografía “se sitúa fuera de la historia que cuenta (heterodiegética), al contrario de la autobiografía (autodiegética)” (Dosse 94); sin embargo, enseguida señala que esa “exterioridad total” es muy a menudo transgredida por el biógrafo. El que acabo de mencionar es, entre muchos otros, un claro ejemplo de cómo en *El profeta de la Pampa* proliferan este tipo de transgresiones.

6 Sarmiento publicó *El Chacho. Último caudillo de la montonera de los llanos* mientras ejercía funciones diplomáticas en los Estados Unidos, en un volumen que contenía también el *Aldao* y el *Facundo*, y venía precedido por un prólogo de Mary Peabody Mann, viuda de Horace Mann. Allí pueden leerse cosas como esta: “Chacho, como jefe

así, casi cien páginas después, se propone demostrar, pese a lo que afirmó anteriormente, que la ejecución del Chacho –y todas las circunstancias que rodearon a ese hecho–⁷ fue un buen antecedente para el arribo a la presidencia de su biografiado, y hasta cita una carta dirigida a su nieto Augusto Belín en la que Sarmiento afirma, sin ambages, que él “[...] *destruyó al Chacho*, a quien venció en batalla, siendo gobernador de San Juan” (*El profeta* 526, énfasis mío). Al respecto, entonces, habría que decir que si en un primer movimiento Rojas actúa como *biógrafo defensor* para desligar enérgicamente a su biografiado de la ejecución de Peñaloza, luego se desentiende de ese rol y celebra la capacidad de Sarmiento para capitalizar un hecho que, en principio, lo había descolocado políticamente.

Pero no siempre todo es tan fácil para este biógrafo defensor. Hay otras veces en que su biografiado lo incomoda, lo contraría, lo enoja.⁸ Esos son los momentos de la biografía en los que la defensa se le torna más complicada: momentos en los que, antes que defenderlo, debe indultar –perdonar– a su biografiado por los errores cometidos. Uno de ellos se da cuando Rojas narra las vicisitudes de la publicación de *Facundo* y se detiene en el concepto de “civilización y barbarie”. Rojas, como en la *Historia*, es bastante duro para con este libro, pero en especial lo preocupa el carácter “nocivo” (*El profeta* 236) que la idea sarmientina de que, hacia

notorio de bandas de salteadores, y como *guerrilla*, haciendo la guerra por su propia cuenta, murió en guerra de policía, en donde fue aprehendido, y su cabeza puesta en un poste en el teatro de sus fechorías. Esta es la ley, y la forma tradicional de la ejecución de un salteador” Sarmiento 1945: 215, énfasis del original). Me ocupé especialmente de *El Chacho* en Fontana (2011).

- 7 Por ejemplo, la instauración del estado de sitio en San Juan, hecho por el cual mantuvo una agria polémica con Guillermo Rawson (ministro del Interior durante la presidencia de Mitre); polémica de la cual, en el capítulo XXXV, Rojas hace aparecer a Sarmiento como indudable vencedor: “Si lo que Rawson se propuso fue deprimirlo con los recuerdos de su fracaso en San Juan y desprestigiarlo ante la opinión como gobernante, harto se equivocó, porque el polemista agredido retomó sus armas de antaño y se jactó de haber domado a la última montonera, convirtiendo en galardón lo que se creyó ludibrio; y en 1868 resultó que San Juan vino a ser en Cuyo la piedra más firme en el edificio de su candidatura” (*El profeta* 484).
- 8 Dosse establece que una “tensión propia del género” es la que se da en la relación entre biógrafo y biografiado (Dosse 172). Esto es evidente en *El profeta de la pampa*, en especial en las dos zonas que voy a comentar a continuación, referidas a dos libros capitales de la obra de Sarmiento: *Facundo*, de 1845, y *Conflicto y armonías de las razas en América*, de 1883.

1845, la civilización se concentraba en las ciudades y la barbarie proliferaba en las campañas pastoras tuvo para “la generación siguiente”.⁹ Rojas, no obstante, es compasivo con su biografiado, lo comprende en su extravío: el *Facundo*, asegura, es, antes que nada, “un acto; es el grito angustiado de un profeta” (*El profeta* 210). Él pudo equivocarse; el problema radica en el equívoco de la “generación posterior”, que adoptó esa fórmula como dogma, como palabra revelada. Y es ahí donde, una vez más, Rojas se coloca en un lugar protagónico del texto –donde aparece el yo del biógrafo desplazando al del biografiado– y asegura que “[l]os términos del problema que planteó Sarmiento se han invertido”, “[p]or eso vengo diciendo que el *Facundo* no es libro actual, porque la realidad argentina lo ha superado ya” (*El profeta* 209, énfasis mío).

Menos arduo le resulta a Rojas el indulto de Sarmiento con respecto a su libro de 1883 *Conflicto y armonías de las razas en América*, un texto absolutamente contrario a su ideario nacionalista. Si en el caso de *Facundo* el indulto del autor se daba por el carácter coyuntural del libro, ahora Rojas achaca los errores de este nuevo volumen –al que denomina, sin atenuantes, “centón abigarrado, sin plan, sin coherencia, sin inspiración” (*El profeta* 645)– a la senilidad de su autor al momento de escribirlo. Rojas se propone dar, en *El profeta de la Pampa*, la imagen de un Sarmiento americano y criollo (“ni europeísta ni yanquista” [*El profeta* 655]) y, como en *Conflicto y armonías de las razas en América* no lo encuentra –por el contrario, encuentra a un Sarmiento determinista que condena a América Latina en términos de raza–, indulta a su autor por el estado de extravío senil en el que concibió el libro y va a la búsqueda de uno *lúcido* y *auténtico*, que descubre en una conferencia pronunciada en Rhode Island 18 años antes, en 1865:

En esa conferencia de Rhode Island habla el Sarmiento lúcido y auténtico que me place admirar. Los que lo tildan por su yanquismo, no saben lo que dicen. Si hay una América sajona y una América latina (o como se la quiera llamar), en esa conferencia magistral aparece de cuerpo entero “el profeta de la pampa”, predicando con fe, esperanza y caridad sobre nuestro destino. Allí está él, y no en *Conflicto y armonías de las razas en América*, libro caótico y lamentable. (*El profeta* 654)

9 Sobre la lectura que hace Rojas del *Facundo* véase Sorensen (1998, en especial el capítulo 6).

Esta cita es lo suficientemente franca con respecto al rol que se adjudica Rojas como biógrafo: él, y no otros,¹⁰ es quien está licenciado para establecer cuál es el Sarmiento “lúcido y auténtico” y cuál no lo es; a discernir al biografiado legítimo del fraudulento, del descartable, incluso del repudiable. Pero en la misma cita –y, más precisamente, en el uso del verbo desiderativo *placer*– se advierte que esa operación de selección está dictada por la subjetividad del biógrafo y no por su objetividad. Y así, mediante este tipo de operaciones de recorte y mutilación, se insinúa el objetivo central, inconfesablemente egoísta, de esta biografía: con ella Rojas no solo busca declararse como el auténtico, y acaso único, discípulo de Sarmiento sino, más aún, construir un biografiado a la medida de su ideario, de su prédica.

El biografiado como pedestal

La frecuente constitución de Rojas como *biógrafo defensor* y, complementariamente, la firme voluntad por indultarlo a propósito de ciertas afirmaciones expresadas por Sarmiento sobre todo en su vejez no son ni desinteresadas ni generosas sino que, en la mayoría de los casos, se vinculan muy estrechamente con un objetivo claramente egoísta –narcisista, diría la psicología freudiana– que recorre, como lo anticipé en el cierre del apartado anterior, todo este texto: construir un Sarmiento a la medida del biógrafo; es decir, erigir un Sarmiento del que Rojas pueda declararse su discípulo o heredero y, más aún, como aquel que fue capaz de afirmar

10 Ni en la *Historia de la literatura argentina* ni en *El profeta de la Pampa*, Rojas da los nombres de aquellos que interpretaron mal, deformaron o mutilaron el legado sarmientino y contra los cuales él escribe. ¿Cobardía? ¿Entre nos? En este caso particular, uno podría pensar que se trata de un ajuste de cuentas con José Ingenieros, que en su colección *La cultura argentina* –que se publicó entre 1915 y 1925– decidió incluir no solo *Facundo* sino también *Conflicto y armonías de las razas en América* (es decir, que le dio entidad canónica a un libro que Rojas consideraba un “aborto”). Al respecto, véase Degiovanni (2007, especialmente páginas 274 a 279). Como ejemplo de esto, ya sobre el final, cuando Rojas analiza los hábitos de escritura de Sarmiento, hallamos otra vez esta voluntad de no dar los nombres de aquellos que deformaron la imagen de Sarmiento o admiraron en él lo que no se debería admirar: “Después de leer esto [que Sarmiento escribía de noche, casi dormido] no debemos sorprendernos de hallar en *Obras* párrafos oscuros y aun trozos inconexos dentro de un solo artículo. Lo que sí debe sorprender, en cambio, es que *algunos críticos* admiren ese desorden porque lo creen genial o porque atribuyen a propósito artístico lo que no fue sino involuntario azar de la improvisación” (*El profeta* 710, énfasis mío).

límpidamente sobre los problemas que acuciaban a la Argentina lo que Sarmiento apenas alcanzó a entrever.

En varias biografías es común que el biógrafo intente apropiarse del prestigio del biografiado; eso, por ejemplo, lo percibía Juan Bautista Alberdi en la *Historia de Belgrano* que escribió Bartolomé Mitre y por ello llegó a afirmar, en el póstumo *Belgrano y sus historiadores*, que el biógrafo, en ese caso, usaba la vida de Belgrano como espejo para *belgranizarse* (el neologismo es de Alberdi), para travestirse de Belgrano, para usurpar un prestigio que no tenía.¹¹ Algo muy diferente es lo que ocurre en *El profeta de la Pampa*. En contraste con lo que afirma maliciosamente Alberdi sobre Mitre como biógrafo de Belgrano, Rojas –se me permitirán los neologismos– no se *sarmientiniza* en *El profeta de la pampa* sino que, antes bien, y no sin dificultades, *rojiza* al biografiado, lo hace suyo, hace un Sarmiento a su medida. Tan es así que por momentos es posible detectar en el texto una suerte de indirecto libre biográfico: es decir, afirmaciones sobre tal o cual cuestión que no se sabe fehacientemente si pertenecen al biógrafo o al biografiado.¹²

11 “Habiendo dicho que Belgrano no era un grande hombre, sino un grande espejo, Mitre se ha parado delante de ese grande espejo, vestido con ‘las armas del guerrero’, y se ha puesto a hacer evoluciones militares para lucir su figura. Belgranizado en su espejo, ha vuelto a dar las batallas de Vilcapugio y Ayohúma, pero dejando a su héroe entre los vencidos por ineptos” (Alberdi 29-30). Algo similar afirma Rojas con respecto a la biografía de Lincoln que Sarmiento publicó en los Estados Unidos en 1865: “[...] su objeto [al publicar la biografía] era justificar su gobierno fuerte de San Juan con el ejemplo del Presidente norteamericano durante la guerra de secesión” (*El profeta* 481). Es decir, Rojas afirma que, con la publicación de su *Vida de Abraham Lincoln*, Sarmiento buscó hacerse pasar por un Lincoln sudamericano.

12 El discurso indirecto libre es aquel en el que “la voz del personaje penetra la estructura formal del discurso del narrador, como si ambos hablaran al unísono haciendo emerger una voz ‘dual’” (Reis y Lopes 198). Hallo ejemplos de esta “voz dual” al menos en esos dos ejemplos, el primero de la página 630 y el segundo de la página 639: “Él había llamado a la inmigración desde cuarenta años atrás, pero no para que nos destruyeran la patria sino para que nos ayudaran en la heroica tarea de edificarla sobre el desierto nativo”; “No es un xenófobo, sino que después de 1880, como antes de 1860, quiere que los extranjeros no traicionen la hospitalidad argentina, que no nos traigan el peso muerto de la política europea, sino que, lealmente, se incorporen a la creación política americana, empresa nueva en la historia, y que pertenecen al porvenir”. En ambas citas, las afirmaciones que Rojas le adjudica a Sarmiento parecen el eco de algunas de las que él había consignado en libros como *Blasón de Plata* o *La restauración nacionalista*.

El intento de religar a Sarmiento con lo español (“Raro ingenio, tan español a pesar de todo” [*El profeta* 284]), la fruición por pulir toda arista anticlerical que pueda detectarse en sus textos (“Creía en el Padre, el Hijo y en el Espíritu Santo [...]” [*El profeta* 609]), el ansia por congraciarse con indios y gauchos (“Nótese en sus confidencias cómo palpitaba en Sarmiento el temple gaucho” [*El profeta* 96]),¹³ la voluntad de presentarlo como federal (“[...] federal de origen y por doctrina estudiada en Estados Unidos, lo era también por su temperamento” [*El profeta* 231]), el énfasis en demostrar que no solo denunció la barbarie de la pampa sino también, y con el mismo empeño, la “barbarie cosmopolita” (todo el capítulo XLV) y la pulsión por acriollarlo (“gran criollo”, lo llama) son únicamente algunos de los innumerables testimonios de esa operación. Rojas, de este modo, pretende demostrar, afanosamente, que la prédica en ciertas cuestiones vinculadas a lo que rápidamente podemos denominar “nacionalismo cultural”¹⁴ que él venía postulando desde la primera década del siglo XX en textos como *La restauración nacionalista* (1909), y que se prolongaba, trasnochadamente,¹⁵ en *El profeta de la Pampa* estaba ya, *in nuce*, en gran parte de los 52 tomos de las *Obras* de Sarmiento.

Así las cosas, en *El profeta de la Pampa* Rojas se constituye, como ya lo anticipé, no solo en el biógrafo autorizado de Sarmiento sino también

13 A propósito de esto, me interesa rescatar la siguiente cita del texto porque en ella se advierte nuevamente la insistencia de Rojas en autorizarse a sí mismo como biógrafo de Sarmiento. Escribe Rojas “Los libros, los viajes, las ideas adoptadas, pusieron después un barniz pedante, y escribió contra los gauchos; pero yo no le creo, porque estoy en el secreto: nadie se parecía más a Facundo que Sarmiento, gauchos los dos, de origen igualmente hidalgo y eximios peleadores ambos, aunque el plano del uno fuese el instinto y el del otro el ideal” (*El profeta* 170-171). Vale decir, Rojas es el más capacitado para escribir la biografía de Sarmiento y definir la verdadera índole de su persona porque está “en el secreto”: sabe de Sarmiento lo que otros no saben; sabe, en definitiva, discernir en su obra lo verdadero de lo falso, lo auténtico del “barniz”.

14 Además del ya clásico texto de Altamirano y Sarlo (1997), para una muy correcta exposición de las ideas nacionalistas de Ricardo Rojas remito en particular a la lectura de Schifino (2011). En el contexto de este trabajo, la lectura del trabajo de Schifino resulta especialmente productiva porque en él la autora hace alusión a las notorias diferencias entre la posición de Rojas y de Sarmiento con respecto a estas cuestiones.

15 En esta línea –el carácter trasnochado de la publicación de esta biografía– Beatriz Sarlo caracteriza a *El profeta de la Pampa* como un libro “[...] anacrónico en el momento mismo de su publicación: 1945, año de un gran giro, cuyas consecuencias Rojas no pudo medir, porque no tenía, como tuvo Sarmiento, la visión del profeta” (Sarlo 368).

en aquel que fue capaz de responder las preguntas que el biografiado –a quien no pocas veces llama ¿paradójicamente? “maestro”– dejó sin contestar. Por ello, ya sobre el final del libro, no sin soberbia, escribe:

[...] veinte años después de la muerte de Sarmiento, y ante las preguntas que el anciano glorioso dejó sin respuesta, yo empecé a contestarlas hace treinta y seis años con *La restauración nacionalista*, el libro sobre el cual escribió entonces Don Miguel de Unamuno:

“Rojas, continuador de la obra de los Sarmiento, Alberdi, Mitre y otros grandes conductores de su pueblo, cita aquellas palabras del primero de estos: ‘¿Somos nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento? ¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello’. Y Unamuno agrega: ‘Todo cuanto Rojas escribe de la necesidad de argentinizar a la Argentina frente a las colonias es de una justicia evidente’.

Después de *La restauración nacionalista* he publicado *Blasón de Plata* (1910), *Argentinidad* (1916), *Eurindia* (1923), e *Historia de la literatura argentina (los gauchescos, los coloniales, los proscriptos, los modernos)*, y *Ollantay* (1939), y otras obras escritas en diálogo y contienda con el viejo maestro, como lo hago en este mismo libro escrito para dar testimonio de que mis disidencias con él no excluyen mi devoción por hombre tan insigne ni mi veneración por patriota tan atormentado. (*El profeta* 664)

La biografía, pues, funciona en *El profeta de la Pampa* no pocas veces como pedestal o podio para la estatua del biógrafo y no al revés.¹⁶ La acerva crítica que, como vimos, Rojas le hace a *Conflicto y armonías de las razas en América* le sirve, en última instancia, para hablar de sí, para citar la crítica elogiosa que Miguel de Unamuno le hizo a *La restauración nacionalista* y, en definitiva, para escurrir su nombre entre los de Mitre, Alberdi y Sarmiento. Vale decir, para contrabandear su nombre entre los

¹⁶ En una plataforma para que Rojas pueda vociferar, por ejemplo, en un indudable ejercicio de autobombo, cosas como esta: “Gracias a nuevos estados de la cultura argentina, que yo he contribuido a crear en los últimos treinta años, tenemos hoy a lo español por un ingrediente de lo americano, y a lo gaucho por un símbolo diferencial de la raza, como tendremos después a lo indio, ya en vías de análoga creación cultural” (*El profeta* 661).

de aquellos que en 1945 eran, de manera más o menos consensuada, próceres o, al menos, figuras centrales en la historia de la República.

El biógrafo pudoroso o la vida íntima de un profeta

Rojas escribió durante su vida dos biografías: la de un santo –*El santo de la espada. Vida de San Martín*, de 1933– y la de un profeta –*El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*. En ambas, ya desde el título se advierte la intención de otorgarles a sus biografiados cierta aura religiosa, beatífica: pese a que ninguno de los dos se dedicó a la carrera eclesiástica son, de todos modos, *santos* o *profetas*. En este sentido, resulta productivo pesquisar cómo presenta Rojas en su biografía de Sarmiento la relación de este con las mujeres.

Rojas no niega la importancia que las mujeres tuvieron en la vida de Sarmiento; muy por el contrario, cita un texto de Sarmiento de la década de 1860 en el que este asegura: “Mi destino hanlo, desde la cuna, entretejido mujeres, casi sólo mujeres, y puedo nombrarlas una a una en la serie que como una cadena de amor van pasándose el objeto de su predilección” (*El profeta* 496). Sin embargo, como se verá a continuación, en la descripción de la naturaleza de las relaciones de Sarmiento con esas diversas mujeres prevalece mayoritariamente la idea de que estas fueron de naturaleza *ascética e intelectual*.

Por lo pronto, recién en la página 263 –es decir, bien avanzado el primer tercio del libro–, y cuando narra la estancia de Sarmiento en París en el año 1846, Rojas hace la primera alusión a la vida afectiva y sexual –íntima– de su biografiado, pero no para dar alguna precisión al respecto, sino antes bien para destacar que su biografiado pudo hacer acto de contrición ante los diversos placeres que aquella ciudad le ofrecía.¹⁷ Por ello, escribe:

Aunque sobrias sus costumbres de provinciano y firmes sus disciplinas de maestro de escuela, no olvidemos que era soltero, joven, sensible al encanto femenino, y hombre de violentas pasiones. Hay en todo esto una virtud admirable; días que fueron de continencia metódica y de estudio tenaz. (*El profeta* 263)

17 Al respecto, resulta lógico que Rojas, al referirse al prolijo “Diario de gastos” que Sarmiento llevó durante su peregrinaje por Europa, África y América, mencione la compra de “unas naranjas que almorzó en Versalles” (*El profeta* 304) y pase por alto la enigmática “Orgie” que el viajero consigna, pocas páginas antes, en ese mismo texto.

A continuación, serán necesarias casi setenta páginas más para que esta zona de la vida de su biografiado vuelva a aparecer, esta vez para narrar el casamiento de Sarmiento con Benita Martínez, viuda de Domingo Castro y Calvo, ocurrido en mayo de 1848. En este punto, vuelve a aparecer el biógrafo defensor para librar a Sarmiento de una calumnia la de haber envenenado a Castro y Calvo:

Nótese que Sarmiento volvió de su largo viaje en febrero de 1848, y que tres meses después, en mayo, se casa con doña Benita, su comprovinciana, viuda de don Domingo Castro y Calvo, cuyo deceso databa de cuando Sarmiento no estaba en Chile. Esto no obstó, diez años después, para que un periodista, en Buenos Aires, le imputara haber envenenado al marido de su mujer. Calumnia atroz sobre un hecho imposible, según se ve, Sarmiento querelló al calumniador ante los tribunales. (*El profeta* 331)

Al leer esta zona de *El profeta de la Pampa* es evidente para el lector que a Rojas le agradaría congelar una imagen de la vida íntima de Sarmiento que se redujera a la de un feliz, sosegado y duradero matrimonio con Benita Martínez. Eso, como se verá enseguida, le resulta imposible. Por lo demás, Rojas no da precisiones sobre el hecho de que acaso fuera Sarmiento, y no Castro y Calvo, el padre biológico de Dominguito, como tampoco da ninguna precisión cuando, como de la nada, y en la misma zona del texto, informa que “Sarmiento tenía, además, una hija, Ana Faustina, que había nacido en el Aconcagua, el año 1831, durante su primer destierro” (*El profeta* 333). Se advierte, pues, algo del orden de la incomodidad en el biógrafo para narrar la vida íntima de su biografiado. En este sentido, y como testimonio de esa incomodidad, debe mencionarse, entre otros, el hecho de que en un texto que pretende transmitir una imagen completa del biografiado, Rojas sin embargo no duda en remitir, para estas cuestiones, a un libro de un “ex discípulo” suyo, “el Dr. Porfirio Fariña Núñez”, titulado *Los amores de Sarmiento*.

Por lo pronto, no sin fruición de casamentero, Rojas refiere que Sarmiento encontró en la quinta de Yungay donde se instaló con Benita Martínez “el remanso que su corazón necesitaba, y de que el solitario no gozó en tantos años de vida vagabunda” (*El profeta* 331) y, complementariamente, que Benita halló en él “la varonil seducción de aquel hombre feo pero lleno de simpatía, y la imperiosa sugestión de aquel carácter áspero en cuyo fondo escondíase la tristeza de un espíritu atormentado” (*El pro-*

feta 334). Sin embargo, enseguida debe aclarar que ese idilio doméstico no duró mucho más que una década: la relación, nos asegura sin mayores argumentos, “[...] mantúvose feliz durante doce años” (*El profeta* 338).

Sin embargo, en capítulos posteriores, el *biógrafo pudoroso* –el biógrafo que anhela, contra toda posibilidad, dar una imagen sosegada de la vida afectiva y sexual de su biografiado, del *profeta*– se hallará ante un episodio erótico de la vida de Sarmiento que le será difícil de esquivar: la relación que este mantuvo durante varios años (desde 1855) con Aurelia Vélez, la hija de su amigo Dalmasio Vélez Sarsfield. El fragmento¹⁸ que citaré a continuación es lo suficientemente elocuente respecto del cariz que Rojas le quiere dar a ese vínculo:

Antes de glosar ese documento confidencial, de indudable valor psicológico y literario, conviene decir algo sobre la mujer a quien Sarmiento, hombre de cincuenta y siete años ya, hacía objeto de tal preferencia. Llamábase Aurelia, y era hija de un ilustre amigo de Sarmiento. Se conocieron quince años antes y se amaron; pero no pudieron unirse en matrimonio porque ambos eran casados. Dos hogares deshiciéronse entonces. Los enamorados resolvieron, sin embargo, estrangular estoicamente su pasión, convirtiendo el amor en amistad anhelosa, como la de Eloísa y Abelardo. Han quedado cartas que documentan esa larga amistad, y hay una [que Rojas cita a continuación] que permite reconstruir el drama erótico en la hora del casto renunciamento. (*El profeta* 493)

Considero que los eufemismos a los que apela Rojas para no dar el apellido de Aurelia y la inocultable dicha con la que narra la resolución del vínculo sexual en una “amistad anhelosa” similar a la de Abelardo y Eloísa son, junto con otros mencionados más arriba –como la inesperada mención de esa hija acerca de cuya concepción no se dan mayores precisiones–, ejemplo suficiente de la presencia en *El profeta de la Pampa* de un biógrafo que se halla en serias dificultades para hacer frente a toda una zona de la vida de su biografiado.

18 Rojas se ve en la obligación de mencionar la relación entre Aurelia y Sarmiento porque, para narrar el viaje entre Nueva York y Buenos Aires que hizo Sarmiento en 1868, y durante el cual fue progresivamente asegurándose de que sería el nuevo presidente de la República, acude a un diario que su biografiado escribió durante ese periplo y que obsequió a Aurelia. Queda en pie la pregunta de si, de no haber tenido la necesidad de recurrir a ese documento, Rojas le habría dado lugar en esta biografía al romance entre Aurelia y Sarmiento.

No se trata, por cierto, de que Rojas pretenda forjar en esta biografía la imagen de un Sarmiento absolutamente casto o célibe. De hecho, en el mismo capítulo al que pertenece el fragmento citado anteriormente sobre la relación con Aurelia Vélez, anota lo siguiente: “No se crea, sin embargo, que el erotismo de Sarmiento fue siempre ascético o solamente intelectual” (*El profeta* 396) y, aunque no sin eufemismos, alude a dos mujeres con las que Sarmiento habría mantenido relaciones sexuales (“dos [mujeres] que alegraron sus soledades”) durante su estadía en los Estados Unidos entre 1865 y 1868: Miss Lucy Smith y Mrs. Ida Wickersham (*El profeta* 496-497). De lo que se trata, antes bien, es del deseo de que su biografiado hubiese tenido una vida íntima más ordenada, menos caótica, más estable. En este sentido, el problema al que se enfrenta Rojas en relación con la vida íntima de Sarmiento es una prueba más de un inconveniente mayor que recorre toda esta biografía y del que me ocuparé en el próximo apartado: el de hallar la unidad, la síntesis, en una vida caracterizada por la proliferación y lo múltiple.¹⁹

El profeta, lo múltiple, la dualidad: un biografiado difícil de encasillar

Somos algo más que un dualismo; somos algo de
complejo, de complicado o indescribible.

(LUCIO V. MANSILLA)

En la *Historia de la literatura argentina*, Rojas no solo había asegurado que Sarmiento había sido un genio, sino postulado una síntesis, una definición pretendidamente exacta de dónde radicaba esa genialidad, de

19 Sumado a esto, la reticencia de Rojas para dar pormenores acerca de la vida íntima de Sarmiento se vincula a la construcción de un biógrafo “varonil”, irreprochablemente masculino. Si, como vimos, en el capítulo XXXVI se ve en la obligación de dar siquiera el nombre de la amante de Sarmiento (Aurelia), la primera vez que debe mencionar esta relación –en el capítulo XXXI, cuando narra la actividad de su biografiado como gobernador de San Juan–, y consignar que aquella relación fue nodal en la definitiva separación de Benita, se niega a anotar el nombre de esa “dama porteña, si no hermosa, de muy fino espíritu y que llegó a enamorarse de este hombre feo” (*El profeta* 427) y agrega, pudoroso: “No es varonil en casos como este, andar averiguando secretos de alcoba; pero menciono sucesos tan íntimos porque influyeron sobre la carrera pública de Sarmiento, y porque él mismo dijo cuando escribió sobre Dominguito: ‘Escribo la historia de una alma y ninguna de sus manifestaciones es indiferente para comprenderla’” (*El profeta* 428).

cuál era su índole.²⁰ En la biografía que escribe más de dos décadas después, vuelve a afirmar que estamos, indudablemente, ante un genio, pero la habilidad para alcanzar una síntesis de esa genialidad, para capturar a Sarmiento en una frase, en un sintagma revelador, en una esencia, se le torna escurridiza, casi imposible.

Por supuesto, el título de la biografía ya anuncia esa voluntad de síntesis: Sarmiento fue *el profeta de la Pampa*. Pero incluso en el uso de ese epíteto como definición de su biografiado, Rojas se halla en problemas. Esto, en principio, porque en las más de 700 páginas que ocupa el libro nunca llega a quedar del todo claro de qué fue profeta Sarmiento: cuál fue, específicamente, la prédica que lo ocupó por más de medio siglo. Y esto, desde mi punto de vista, se debe menos a la dificultad de Sarmiento por ser preciso en cuanto a la definición del modelo de país con el que soñaba, que a que ese modelo –o esa profecía– no se adecuaba enteramente al ideario nacionalista de Rojas. Daré de esto un ejemplo. Es conocida la admiración que Sarmiento sintió por los Estados Unidos desde que puso un pie en ese país en el año 1847; del deslumbramiento que ese “disparate que choca a primera vista” le suscitó desde un primer momento. De este modo, frases como “estoy convencido de que los norteamericanos son el único pueblo culto que existe en la tierra, el último resultado obtenido de la civilización moderna” (*Viajes* 313) proliferan en su carta sobre los “Estados Unidos”, dirigida a Valentín Alsina y publicada en *Viajes por Europa, África y América*. En ella, Sarmiento llega a anotar una frase que es contundente: “[...] me vuelvo yankee” (*Viajes* 352). Frente a declaraciones como estas, el nacionalista Rojas se halla ante un problema y, a propósito de una declaración similar a la citada anteriormente en la que Sarmiento refiere su deseo de “hacerme yankee, y ver si podía arrimar a la cascada alguna pobre fábrica para vivir” (*Viajes* 380), se ve obligado a hacer un malabar hermenéutico y a asegurar, temerariamente, lo siguiente:

“Hacerme yankee”, dice; y pues “yankee” se llamaba al antiguo indio del país, debo interpretarlo literalmente. No dice ciudadano de Nueva York la grande o de Boston la señoral o de Washington, capital política del país, sino indio

20 En la *Historia*, Rojas escribe en itálicas “*El genio de Sarmiento consiste en haber sido predestinadamente, porfiadamente, inquebrantablemente, y con una desbordante riqueza de sensibilidad, de inteligencia, de voluntad, que superan la media humana, la conciencia viva, personificada y agorera de su Patria, en todas las direcciones posibles del tiempo, del espacio y del espíritu*” (339).

del bosque primitivo. Frecuentes suelen ser en él esas evasiones románticas de la fantasía o la tristeza. Brotan del corazón del hombre natural que hay en él. (*El profeta* 309)

Vale decir, de la estadía de Sarmiento en los Estados Unidos, y a partir del recurso a una por lo menos discutible etimología del vocablo *yankee*,²¹ Rojas arriba a una conclusión a la que cualquiera que haya recorrido el texto de Sarmiento sobre los Estados Unidos difícilmente puede arribar: que el resultado del peregrinaje estadounidense lo condujo, antes que a cualquier otra cosa, al deseo de ser indio.²² A propósito, vale la pena recordar aquí que, por esos mismos años, en el cierre de otro de sus libros –*Argirópolis*, de 1849– Sarmiento rubrica una exhortación que no deja lugar a dudas acerca de cuál era la índole de su profecía o de su sueño con respecto a su patria: “*Seamos Estados Unidos*” (y que esa sentencia no significaba, en modo alguno, *seamos indios*).

Se detecta así un problema central que, a mi entender, recorre toda esta *Vida de Sarmiento*. Rojas, por un lado, no duda de que Sarmiento haya sido un profeta: de allí la machacona insistencia, desde el mismo título del libro, en ese término y en otros más o menos similares como “apóstol”, “predicador” o “demiurgo”. Sin embargo, al mismo tiempo, es evidente que no se siente a gusto con varios de los aspectos que definirían esa prédica, ese apostolado. De ahí las vaguedades, las contradicciones y hasta las mutilaciones de la obra y de la vida sarmientinas que debe realizar en esta biografía (vaguedades, contradicciones y mutilaciones en las que ya había incurrido, no sin impunidad crítica, en las páginas que le había dedicado a Sarmiento en su *Historia de la literatura argentina*). Por tanto, me interesa postular que el término *profeta* funciona en esta *Vida de Sarmiento* menos como una definición certera que el biógrafo logra

21 Por ejemplo, Katheleena Lucille Roack refiere el posible origen alemán de la palabra *yankee*: señala que estaría vinculada a las fricciones entre las colonias de New Amsterdam y New England y, a propósito de esto, cita a Georges Ticknor –famoso profesor de Harvard en el siglo XIX– quien “arguyó que tanto los términos Yankee como Doodle derivaban de la lengua alemana” (Roack 60, traducción mía).

22 No obstante, pocas páginas después, cuando cita un texto de Sarmiento donde este escribe “Muchos vicios de carácter tachan los europeos y aun los sudamericanos a los yankees” (*El profeta* 312) queda claro, pese a los pruritos etimológicos de Rojas, que cuando Sarmiento escribe “yankees” se refiere, indudablemente, a los ciudadanos de los Estados Unidos (y no “al antiguo indio del país”).

dar de su biografiado que como un significante sin significado preciso, por momentos un puro efecto significante mediante el cual logra, por el contrario, eludir esa definición. Quiero decir: en este libro, la idea de que Sarmiento fue *el profeta de la Pampa* es menos efectiva que efectista.

Por lo demás, cuando Rojas narra los últimos años de la vida de Sarmiento se ve en la necesidad de asegurar que su biografiado fue, durante su vejez, un paradójico profeta que se negaba obstinadamente a serlo. Su resentimiento, su constante malhumor, su ira hacia las nuevas generaciones son testimonio, según Rojas, de la dificultad de su biografiado para, en la década de 1880, saber colocarse en un lugar apropiado (o, para decirlo con más precisión, en el lugar que él consideraba que debería haberse colocado Sarmiento hasta los últimos días de su existencia: *en el del profeta*). Por ello, escribe:

Hombres jóvenes estaban realizando [desde fines de la década de 1870], sin el concurso personal del ilustre anciano, la conquista de nuevos territorios en el Sur, con Roca; la federalización de Buenos Aires, con Avellaneda; la fundación de La Plata, con Rocha; tres cosas que él habría deseado realizar. Ya lograda la definitiva unidad del Estado Argentino, la República encaminábase por sendas de paz, trabajo, progreso, inmigración y educación popular; es decir: por hombres de una nueva generación. Esto es lo natural tratándose del programa de un profeta; *pero el profeta no lo comprendió así; parecía un resentido, porque se creía un desplazado. No tenía razón.* (*El profeta* 669, énfasis mío)

Pero además, al escribir la biografía de Sarmiento, Rojas debe enfrentarse a una multiplicidad de “máscaras” que trata, pero no puede conciliar. En consecuencia, sobre el final del libro, en el capítulo en el que pretende revelar lo más “universal y duradero” (*El profeta* 697) de la vida y la obra de Sarmiento, el lector se encuentra con lo que podemos interpretar como la confesión de cierta imposibilidad del biógrafo para llevar a cabo su tarea, como la afirmación de que las más de 700 abigarradas páginas de esta biografía no han sido suficientes para transmitir una imagen cabal, íntegra, “duradera”, del biografiado:

Personaje de tal destino, debió ser, claro está, psicológicamente muy complejo. Digo que no parece un individuo sino una multitud. Hay varios hombres en él, y su genio usa sucesivas máscaras: la del preceptor, la del orador, la del periodista, la del gobernador, la del diplomático, la del presidente, la del general, la del doctor; la que necesite ponerse en los diferentes episodios del drama.

En 1879, dijo de sí mismo, contestando a un antagonista que lo tildaba de hombre múltiple y contradictorio: "... el señor Sarmiento, don Domingo, el general Sarmiento, el doctor Faustino, que no es Fausto, y otros personajes que trata de conciliar". *Y aún tratamos de conciliarlos...* (*El profeta* 718, énfasis mío)

Considero que la utilización en esa frase final del adverbio *aún* –en el sentido de *todavía*–, los tres puntos que cierran el párrafo y su colocación en la página 718 (es decir, seis páginas antes del final del libro) testimonian esa imposibilidad o limitación a la que me referí más arriba. De todos modos, Rojas acierta a encontrar una solución para, siquiera muy parcialmente, dominar o contener esa multiplicidad a la que debe enfrentarse cuando, en 1945, se decide a escribir la biografía de Sarmiento. Esa solución es la reducción de lo múltiple a lo dual, a lo doble, al “contraste”, al “hiato”.

Las afirmaciones acerca de la presencia de lo doble en la vida o en los escritos de Sarmiento son, como se vio más arriba, muy frecuentes en *El profeta de la Pampa*: Sarmiento, nos asegura Rojas, escribió contra los gauchos pero era gaucho por esencia; escribió contra los indios pero en *Recuerdos de provincia* no olvidó rescatar su estirpe indígena; se proclamó contra la lengua y la literatura castellanas pero era tan español como Cervantes o Lope.²³ Todas ellas, sin embargo, aluden casi siempre a unas mismas cuestiones: a la tensión, en Sarmiento, entre naturaleza y cultura, entre materia e inteligencia, entre lo heredado y lo adquirido. En esta línea, promediando el libro, Rojas define a su biografiado como un “[...] genio patético en quien luchan el numen de la tierra india que lo ha engendrado y su inteligencia a la busca de una lejana tierra prometida que no encontrará” (*El profeta* 309); más de cuatrocientas páginas después,

23 Incluso con respecto a la supuesta “locura” de Sarmiento hallamos la presencia de lo dual. Así, por un lado, en varias zonas del texto, Rojas parece no dudar de que Sarmiento era un “loco”; pero, al mismo tiempo, oximorónicamente, insiste en asegurar de que se trataba de una “locura lúcida” (*El profeta* 575) o, en la misma línea de razonamiento, en afirmar que “Su cordura es testigo de su locura [...]” (*El profeta* 575). Por lo demás, a propósito de esta cuestión, Rojas remite a su lector al libro *Psicología de Sarmiento*, “escrito por el Dr. Nerio Rojas, profesor de la Facultad de Medicina y especialista en enfermedades mentales, donde, con autoridad científica se declara a Sarmiento en su sano juicio, aunque se anotan en su ‘historia clínica’ no pocos rasgos de carácter neurótico” (*El profeta* 581-582).

Rojas se glosa a sí mismo y, sobre el final de la biografía, transmite a su lector una idea muy similar a aquella que acabo de citar al asegurar que “En la personalidad de Sarmiento hubo, sin duda, un hiato entre su carne hecha a semejanza de la tierra natal y su mente inquietada por los problemas de la civilización [...]” (*El profeta* 718-719). De este modo, y acaso a pesar de la voluntad del biógrafo, la imagen que se erige de Sarmiento en *El profeta de la Pampa* es –y quizá aquí radique el mayor interés de este texto–, menos la de un profeta convencido²⁴ que la de un hombre tensado, *patética y atormentadamente*, por varias dualidades que se ocultan, para peor de males, tras múltiples “máscaras” que el biógrafo no alcanza a conciliar. Habría así algo del orden del fracaso, tanto del biógrafo como del biografiado, que recorre las más de 700 páginas que ocupa esta biografía.

Coda: un patetismo compartido

En efecto, en relación con lo que afirmé en el cierre del apartado anterior, las palabras bastante desalentadoras que cierran el libro parecen referirse no solo a Sarmiento, el biografiado, sino también, sibilamente, al biógrafo. Escribe Rojas:

Personaje armado de la palabra escrita en un pueblo analfabeto y disperso, proviene de esa desarmonía su patetismo a veces extravagante. Es un patriota desesperado, que vivió constante expatriación, real o visionaria. Más allá del militar, del político, del educador, del publicista, Sarmiento es el profeta de una tierra prometida que está en el porvenir. (*El profeta* 724)

Habría que decir, pues, que esta biografía no es solo para Rojas un texto mediante el cual intenta incautar el legado sarmientino, proclamarse su verdadero discípulo y, más aún, usar a Sarmiento de pedestal para seguir proclamando las ideas que venía predicando desde la primera década del siglo en textos como *La restauración nacionalista*, sino también, en su reverso, el lugar para destilar cierta melancolía, cierto fracaso personal. Esta biografía de Sarmiento es también así el sitio en donde un sextuagenario Ricardo Rojas (había nacido en 1882) expresa, indirectamente, cierto patetismo y cierta angustia con respecto a un país que no había sabido comprender su prédica. Él también es, de este modo, como su maestro, un incomprendido *profeta de la Pampa*.

²⁴ Entiendo aquí que el convencimiento es una de las cualidades centrales de un profeta. No hay profeta sin convencimiento engegucido.

Obras citadas

- Alberdi, Juan Bautista. "Belgrano y sus historiadores". *Escritos póstumos*. Tomo V. Buenos Aires: Imprenta Alberto Monkes, 1997. Impreso.
- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo. "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos". *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, 1997. 161-199. Impreso.
- Bazant, Mílada, coord. *Biografía. Métodos, metodologías y enfoques*. México: El Colegio Mexiquense, 2013. Impreso.
- Borges, Jorge Luis. *Evaristo Carriego*. Buenos Aires: M. Gleizer Editor, 1930. Impreso.
- Degiovanni, Fernando. *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2007. Impreso.
- Dosse, François. *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Trad. Josep Aguado y Concha Miñana. Valencia: PUV, 2007. Impreso.
- Edel, Leon. *Vidas ajenas. Principia biographica*. Trad. Evangelina Nuño de la Selva. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1990. Impreso.
- Fontana, Patricio. "Una tanatografía del bandido: Sarmiento y el 'Chacho' Peñalosa". *Ibero-Americana. América Latina-España-Portugal* 43 (2011): 29-40. Impreso.
- Reis, Carlos y Cristin M. Lopes. *Diccionario de narratología*. Trad. Ángel Marcos de Dios. Salamanca: Ediciones Colegio de España, 1996. Impreso.
- Roack, Katheleena Lucille. *Acting America in the Age of Abolition: Transatlantic Black American Celebrity and the Rise of the Yankee Theatre, 1787-1927*. Urbana, Illinois: University of Illinois at Urbana-Champaign, 2008. Impreso.
- Rojas, Ricardo. *El profeta de la Pampa. Vida de Sarmiento*. Buenos Aires: Editorial Losada. Impreso.
- Rojas, Ricardo. *Historia de la literatura argentina* (t. 3, "Los proscriptos"). Buenos Aires: Editorial Kraft, 1957. Impreso.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *El Chacho. Último caudillo de la montonera de Los llanos. Los caudillos*. Prólogo Alberto Palcos. Buenos Aires: Jackson Editores, 1945. Impreso.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Eds. Nora Dottori y Silvia [Susana] Zanetti. Prol. Noé Jitrik. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977. Impreso.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Viajes por Europa, África y América*. Coord. Javier Fernández. Madrid: Colección Archivos-FCE, 1993. Impreso.
- Sarlo, Beatriz. "Sarmiento en el siglo XX". *Historia crítica de la Literatura argentina*, volumen 4: "Sarmiento". Dir. vol. Adriana Amante. Dir. obra Noé Jitrik. Buenos Aires: Emecé, 2012. 367-391. Impreso.

Schiffino, María Beatriz. “Ricardo Rojas y la invención de la Argentina mestiza”.

Revista Pilquen (Sección Ciencias Sociales) XIII.14 (2011): 1-14. Impreso.

Sorensen, Diana. *El Facundo y la construcción de la cultura argentina*.

Trad. César Aira. Rosario: Beatriz Viterbo, 1998. Impreso.